

secundario en los planes divinos: para nosotros, María es la *Puerta del cielo, la Reina de los Angeles*, la dulcísima *Paloma* del Cantar de los Cantares. María, después de Jesús, dice con razón Augusto Nicolás, es la causa final de cuanto existe. (1) Al mismo Lutero se le escaparon estas palabras; óigalo "El Abogado Cristiano: " Ser Madre de Dios es una prerrogativa tan elevada, tan inmensa, que excede á toda imaginación. En esta *única palabra* se contiene, pues, todo honor respecto de María. " (2) María, llamada por San Bernardo el negocio de los siglos, *Negotium sæculorum*, á quien colectivamente los hombres han de honrar "de generación en generación," la prefigurada por los Patriarcas y preconizada por los Profetas, Tabernáculo más excelente y más grande que el antiguo Tabernáculo, y tan elevado que *no es de esta creación*, (3) María, decimos, y de rodillas lo decimos y con lágrimas de amor lo decimos, es *la Madre de las naciones*.

Es, ha sido y siempre será grande su influencia internacional. De ella habla aquella brillante profecía de Daniel, que es el resumen de toda la historia (4) en "que una piedra se desprendió por sí misma de la montaña *sin la mano de ningún hombre*." (5) Sabida es la interpretación hecha por Daniel del sueño de Nabucodonosor, que vió una estatua compuesta de diversos metales, ser desbaratada y deshecha por una piedra desprendida del monte. La diferente colocación de los metales en el cuerpo de la estatua representa el orden sucesivo de los imperios que debían ceder su lugar al imperio santo y eterno de Jesucristo. Ahora bien, como dice Augusto Nicolás, "¿qué significa esa *Montaña* de la cual *sin la mano de ningún hombre* debía desprenderse la Piedra, sino María, bendecida, ensalzada entre todas las mujeres como un monte de gracia y santidad y de solo la cual, sin el concurso del hombre, se desprendió la Piedra que todo lo ha hecho pedazos, que lo ha fundado todo, Jesucristo?" (6)

Y después de esto, ¿se quiere que las naciones como naciones nada tengan que ver con la Madre de Dios? ¡Ah! ellas no piensan así en piadosa emulación para proclamarla su Madre y su Reina. (7)

(1) "La Virgen según el Evangelio," pág. 70.

(2) Martín Lutero en los Comentarios al Cántico de la Virgen María. Tomo V de la colección de sus obras, pág. 85. Witemberg, 1554.

(3) Hebreos, IX, 11.

(4) Bossuet. "Discurso sobre la historia universal."

(5) Daniel, II, 34, 35.

(6) "La Virgen según el Evangelio," pág. 100.

(7) "La Madre de Dios, Madre de los hombres," por el P. Ventura, cap. XIV.

XLV.

Nada más debido á María que una corona.—Homenajes feudales de príncipes, reyes y pueblos á María.—Algunas órdenes de caballería establecidas en honor suyo.—Porfía de los pueblos en proclamarla, en lo social, Reina.—Tierno milagro verificado en favor de una niña que ofrecía á la Virgen una corona y no alcanzaba con sus manecitas á la cabeza de una estatua mariana.—Ojeada sobre algunas coronaciones célebres de María.—Plegaria á María de Guadalupe para que la coronación se verifique.

Nada más debido á la Santísima Virgen, á quien en el santísimo Rosario proclamamos Reina de los ángeles y de los hombres, que el ofrecimiento de una *corona*. Ella ha recibido, después de una batalla célebre, el título glorioso, social, religioso y hasta militar de *Auxilio de los cristianos. Auxilium christianorum*. La Virgen María presidía antiguamente la iniciación de los valientes en la caballería, (1) institución humanitaria sin dejar de ser patriótica, (2) "El monje creó al soldado moderno; los primeros caballeros salieron de los monasterios y predicaron en cierta manera la disciplina militar, cuyo espíritu, á diferencia del simplemente guerrero, es religioso;" (3) por eso la historia de cien batallas gloriosas es también la historia de María. "La antigua Francia cubierta del polvo y de la sangre de los combates, se arrodillaba ante las efigies de María y solía pintar la Imagen de la Virgen en sus estandartes blancos. A la verdad era un noble espectáculo ver la fuerza y el valor honrando á una Madre y un Hijo y oponiendo lo más terrible que hay en la tierra á lo más dulce y suave que hay en el cielo." (4)

Si naciones como la Polonia, que colocaba al armarse contra los

(1) Fleury. "Historia eclesiástica," t. XIV, pág. 387.

(2) General Ambert. "El heroísmo en la sotana," págs. 149 y 50.

(3) Chateaubriand. "Genio del Cristianismo," lib. V.

(4) "Historia de la Sociedad." Gaume, pág. 267.

tártaros la Imagen de la Virgen en el estandarte nacional, la han proclamado su *Reina*, (1) si Luis XIII hizo á la Reina del cielo la consagración de su reino, colocándolo bajo su patronato, (2) si allá en años remotos Aragón se ufanaba con llamarse reino de Cristo y dote de María, (3) si en tiempos más próximos España pedía por sus cortes al Sumo Pontífice el patronato nacional de María Santísima, (4) ¿tendremos, para otro tanto, menor derecho nosotros los Benjamines, nosotros de quienes se dijo: *non fecit taliter omni NATIONI?*.....

No, sin duda alguna, y en ello obedecemos á una tradición no interrumpida entre pueblos, señores y reyes, de acordar á María, ¡la dulce María! todo género de homenajes públicos y solemnes en que Ella aparece con el duplicado carácter de Reina y de Madre.

No es nuestro intento, ni aunque lo fuera, tendríamos el campo necesario para recopilar siquiera los homenajes que como feudatarios humildes han tributado á María los más grandes señores del mundo.

Roberto llamaba á María la *Estrella* de su reino, y levantó una iglesia en el lugar mismo donde supo que su padre, Hugo Capeto, había escapado de la muerte. El belicoso Guillermo, valiente conquistador que estableció en Inglaterra la dominación normanda, hacía en los peligrosos votos á la Virgen que religiosamente cumplía, y su esposa con delicada aguja trabajaba para las iglesias ricas tapicerías. (5)

La princesa anglo-normanda Matilde, hija de Enrique I, en una peligrosa ocasión política estuvo á punto de naufragar: salvóse, y su primer cuidado fué cantar con sus barones ingleses el cántico de la Virgen, señalando el lugar de su salvación y poniendo por sus manos la primera piedra de un monasterio. Ricardo, Corazón de León, antes de partir á la cruzada, hizo construir á Nuestra Señora de Buen Puerto, en la diócesis de Evreux, y asistió á la brillante dedicación. (6)

La Inglaterra cuenta con cien iglesias góticas, primor y gloria del arte, levantadas por reyes, á alguna de las cuales (Nuestra Se-

- (1) "La Polonia histórica y literaria," t. I, pág. 396.
 (2) "La Estrella de Salvación," pág. 378.
 (3) "Aragón, reino de Cristo y dote de María," por el P. Roque Alberto Faci.
 (4) "Vida de la Virgen," por Lafuente, t. II, pág. 385.
 (5) El P. Monfaucon encontró la preciosa tapicería donada á Nuestra Señora de Bayeux.
 (6) "Galia cristiana," t. IV.

ñora de Westminster) iban éstos á venerar una Imagen de la Santísima Virgen, de *grande creencia* y que hacía muchos bellos milagros. (1)

En España Alfonso IX, después de la renombrada batalla de las Navas, deposita la bandera de la Virgen en una iglesia construida al efecto. San Fernando declara deber sus victorias de Córdoba, Jaen y Murcia á la misma Reina Divina, y Alfonso el Sabio funda en honor suyo una orden de caballería y la compone y colecciona cánticos que quiere sean cantados en sus Estados. (2) Estos cantos, *saborosos de cantar*, como dice tiernamente el rey, están llenos de ingenuidad y de donaire, y son un monumento artístico de su tiempo. (3)

En Portugal, Alfonso, en 1142, rinde vasallaje á María, pagando anualmente en una célebre abadía cincuenta maravedíes de oro, (4) y más tarde D. Juan I ofrece en *ex-voto* su lanza y su cota, con las que hace ornar los devotos muros de una pacífica capilla de María.

Los reyes de Dinamarca combaten por igual época bajo las banderas marianas.

Juana de Evreux, esposa de Carlos II de Francia, cede á la Virgen la rica corona de diamantes, esmeraldas y rubíes que, junto con otros preciadísimos dones, le ofreciera su consorte en el día de su coronación. (5)

Felipe el Bello, tras la batalla de Mons-en-Puelle, cede á Nuestra Señora de Chartres una rica tierra acompañando la dádiva con una renta. (6) Carlos VI entrega su espada en la misma iglesia, en honor de Nuestra Señora. (7) Isabel de Baviera al entrar á París ofrece á María la corona cuajada de piedras riquísimas que le ofreciera á su vez una noble comisión por la referida ciudad. (8)

Una pastora humilde y grande, que ha tenido entre otros honores el de ser insultada por Voltaire, Juana de Arco, en una ocasión solemne para la Francia, desplegó una bandera que llevaba escritos los vencedores nombres de Jesús y de María. (9)

- (1) Froissard.
 (2) "Poética española," pág. 162.
 (3) "Vida de la Virgen," Lafuente, t. II, pág. 213.
 (4) "Anales cistercienses," Angelo Manrique, cap. V.
 (5) Felibien. Historia de París.
 (6) Sebastián Rouillard, cap. VI.
 (7) Saint-José. "Ensayo histórico sobre París," tomo IV, pág. 162.
 (8) Froissard, t. II.
 (9) Santa Fe. "Ensayos históricos," t. V, pág. 26.

En las procesiones que se hacían en París, en tiempo de Luis Onceno, la bandera de la Virgen María era conducida con singular distinción, con acompañamiento de príncipes y de reyes que pertenecían á su cofradía. (1) Este mismo rey dió un condado á la Santa Virgen, el condado de Boloña del Artois, y le ofreció tributos feudales.

Francisco I, el rey caballero, reparó solemnemente una imagen de la Virgen mutilada por los hugonotes, y fué descalzo y con una vela en la mano á la Iglesia profanada, por vía de expiación. (2)

María de Arquín, princesa de Polonia y luego reina, entrega en Lieja una cadena de oro y de brillantes, consagrando esclavo de la Virgen á su hijo el príncipe Alejandro Sobieski. (3)

Clovis y sus sucesores, hicieron construir los suntuosos templos de Poitiers, Nuestra Señora de Caloville y Nuestra Señora de Tours.

Pepino, en lo profundo de un bosque legendario, hizo levantar en honor de María una capilla encantadora, donde el silencio habitual del Santuario se hacía más conmovedor en medio del silencio de la selva.

Carlo Magno quiso ser enterrado con la imagen de la Virgen que devotamente llevaba pendiente del cuello.

Rolando, su sobrino, que la tradición ha transmitido como el tipo de los valientes, ordenó que después de su muerte fuese su espada ofrecida á María en el Santuario de Rocamadour.

Felipe Augusto y Felipe de Valois, declaran deber á la Virgen sus victorias de Bovines y de Cassel.

Napoleón I decía que la Santa Virgen era la Patrona del Corso, é instituyó una fiesta en su honor. (4)

Sólo en España se establecieron, en honor de la Virgen María, las órdenes de caballería siguientes:

De los lirios. Por Sancho IV de Navarra. Los caballeros tenían por divisa dos lirios cruzados y una efigie de la Virgen, y al reverso unas cadenas sosteniendo una corona real.

De Montegaudio. Nacida en Palestina; pero aceptada en España por influjo de Ramón Berenguer, conde de Barcelona y rey de Aragón.

(1) Capfe. "Historia de la Reforma."

(2) P. de Barry. "Paraiso."

(3) "Historia de Nuestra Señora de Lieja," por el abate Villette.

(4) El abate Simón. Obra citada.

De Santa María de España. Instituida por Alfonso el sabio en 1270.

De la Banda. Por Alfonso XI en Victoria: 1332.

De las azucenas ó de la Hidria. Por Fernando I de Aragón.

De Nuestra Señora de Montesa, cuyo primer maestre fué Guillermo de Eril.

Cuando de tan antiguo pueblos y reyes han rendido culto y caballeresco vasallaje á María, ¿qué deberemos decir de un papel protestante de nuestros días (1) que encuentra exótica la tierna idea de la Coronación de la VIRGEN DE GUADALUPE? Ah! nada más propio para la Virgen que los honores reales, y todas las ternuras que su sexo inspira, pero elevadas á la casta y arrobadora categoría de las cosas celestes. "Notre-Dame, dice un sacerdote francés, en su idioma aquí tan expresivo, se llama á la Virgen María en la lengua caballeresca de todas las naciones; Ella es la Reina, por excelencia, de los pueblos." (2)

Los que se duelen de la Coronación de nuestra santa, de nuestra dulce, de nuestra tierna GUADALUPANA, son semejantes á aquellos que querían acallar las alabanzas al Salvador, á lo que Él dijo: "si éstos se callan, las piedras darán voces." Sí, la Virgen quiere la Coronación, porque ella misma anunciara sus triunfos universales, de generación en generación. Ella tan humildemente se agrada de estos obsequios, que en una ocasión hizo un célebre milagro. Está la imagen de la Reina que tiene reyes y santos por vasallos, en un visible lugar de Nuestra Señora de París, y vése con la cabeza muy inclinada porque, dice la tradición, una niña de corazón angelical, pugnaba en vano una vez, alzándose sobre las extremidades de sus pies y extendiendo sus bracitos para poner á la Virgen una corona de rosas blancas. ¡Ah, compatriotas! tengamos un corazón puro como el de esta niña, y la Virgen hará milagros por complacernos.

No desagradará á los lectores que hablando de la Coronación de la Guadalupana, extractemos las noticias que el Illmo. Sr. Montes de Oca dió en un sermón predicado después de coronada la Virgen de la Esperanza, que venera el morigerado y simpático pueblo de Jacona.

La Corona, dice el sermón, fué en sus principios distintivo de la autoridad sacerdotal. De algunos pasajes de Eusebio de Cesa-

(1) "El Herald," de Ixtapan del Oro.

(2) "La Estrella de Salvación," págs. 331 y 340.

rea, se infiere, que hubo un tiempo en que los obispos usaron coronas.

Se recuerdan algunas coronaciones célebres, como la de Carlos V por el Papa Clemente VI. Vencedor aquel de éste, dice el distinguido Obispo de quien tomamos estas noticias, "se vió obligado más tarde, al salir de la Basílica, á tener el estribo del Sumo Sacerdote y llevar por el diestro su cabalgadura." ¡Tanto así es grande la autoridad pontificia, tanto así la imposición de una corona es oficio sacerdotal!

Napoleón, que en los momentos de ser coronado, arrebató la corona al Pontífice, mira poco después "caer hecha pedazos" esa propia corona, y viene á quedar encadenado en el peñón de Santa Elena.

En lo antiguo, las coronas dieron, al ser conferidas, otra clase de honores que los reales. Había la corona *cívica*, premio del soldado que salvaba siquiera á un ciudadano la vida, y que adorna algunas efigies de César Augusto. La corona *obsidional ó gramínea*, tejida de silvestres flores ó juncos y grama, destinada á honrar el triunfo de los libertadores de una ciudad sitiada, y la corona *navalis ó rostrata*, que declaraba en quien la tenía, haber abordado el primero la nave enemiga. La corona *mural* era recompensa honorífica del soldado valiente, que escalaba antes que sus conmilítonos la defendida muralla.

Natural era, dice el Sr. Montesdeoca, que el pueblo, no contento con ceñir coronas en las frentes de guerreros y de reyes ilustres, de almirantes y emperadores, quisiera depositar estas prendas de veneración en las imágenes sagradas.

La historia eclesiástica habla de diversas coronaciones de semejante género; pero el escrito de donde tomamos estas noticias, se limita á sólo tres. Una imagen milagrosa de la Virgen, que se conservaba oculta en el muro pintado de la Iglesia de S. Apolinar de Roma, en una ocasión en que el pueblo, espantado por una aterradora tempestad, se refugió en el pórtico de la Iglesia, descúbrese por sí misma. Los fieles se postran admirados y reconocidos, y seis años más tarde, tras largos favores de la santa imagen, recibe ésta, bajo el reinado de Inocencio X, áurea y riquísima corona.

El célebre Pontífice Gregorio XVI, por haber libertado del cólera la bella é histórica Italia, coronó con inusitada pompa, ante numeroso pueblo, clero y cardenales, á la poética y milagrosa imagen de las Nieves, que recibe veneración en Santa María la Mayor de Roma.

Más adelante, el Pontífice que había sido cautivo de Napoleón, y á quien había vencido pacíficamente en una conferencia célebre, con las solas dos palabras *comediante* y *tragediante*, (1) al ser restituido al imperio de su reino, coronó por sí mismo la imagen que de María se venera en Savona, bajo la patética advocación de la Misericordia. (2)

Supuestos los beneficios continuos de la Madre de Dios hacia los hombres, nada á Ella más debido que la piadosa ofrenda de coronas reales, porque si el mismo Jesucristo, como dice S. Anselmo, subió á los cielos antes que la Virgen María, á fin de preparar su trono y su reino, y á fin de salir á recibirla solemnemente con toda la corte celestial, (3) ¿qué no deberemos hacer nosotros los hombres con un sér tan superior que forma por sí una gerarquía especial, según enseña Santo Tomás? María, dice el abad Ruperto, es Reina de los ángeles y de los santos; en la tierra es *Reina de todos los reinos, Emperatriz de todos los imperios, Soberana de todas las naciones*. ¡Salve, Virgen María, salve, VIRGEN DE GUADALUPE, apacible felicidad, gloria pacífica, ventura común, lazo sagrado, REINA DE MÉXICO! Ya que por derecho natural y divino, por derecho y por conquista (4) te corresponde el título de *Reina*, nosotros te lo damos, para que hoy, mañana y en el siglo que viene, y siempre, imperes sobre nosotros y sobre nuestros hijos, de cuyos corazones por autoridad de amor y de solidaridad disponemos. Pasarán los siglos, y estaremos en nuestros pósteros presentes á tu Santuario, y nos pertenecerá aún, el amor con que te rueguen, te honren y te bendigan, porque nuestra generación habrá legado á sus sucesores una herencia inextinguible de amor y de fe, de ternura y de piadosísimos rendimientos. Salve, Virgen benéfica, Virgen dulce, Virgen amable, Virgen en quien el poder es todo en ejercicio santo de ternura! Corónente los pobres y los ricos, los ignorados y los ilustres, que tú á todos los cuentas por hijos. Que el círculo glorioso de nuestros Prelados, que son ya como la corona de honor de nuestro pueblo, te consagre esa áurea corona que todos te ofrecemos como el emblema de tu dulcísima dominación, como el más humilde pleito homenaje que á tus sacratísimas plantas rendimos! Tú

(1) Alfredo de Vigny.

(2) "Vida de la Virgen" por Lafuente, t. I, pág. 207.

(3) "De las excelencias de la Virgen," cap. XIII.

(4) Illmo. Sr. Montes de Oca.


por Reina, ¿cómo no seremos felices? Tú por Reina, ¿cómo no seremos grandes? Tú por Reina, ¿cómo no seremos gloriosos y salvos ante los más pujantes enemigos?

XLVI

Relación que tenía la celebración del Jubileo de León XIII y la Coronación.—El Papa es el representante humanitario de todos los patriotismos.—Él desecha la nota de extranjerismo.—La independencia del Papa es cuestión que abarca en principio la de todas las otras.—Cada nación desempeña un papel particular en la manifestación histórica de la verdad.—Invocación guadalupana.—La Iglesia, según Pío IX, es también la redentora temporal de las sociedades.—Idea patriótica que entraña el Padre Nuestro.—La religión es no sólo patriótica, sino provincialista é individualista.

Se nota en toda la República Mexicana alguna cosa grave y solémne, la fermentación de un pensamiento de pacífica regeneración iniciado, y que ha de concluir bajo la milagrosa égida Guadalupana. La coronación de la VIRGEN INDIA, ligada, como debió serlo, con el Jubileo de S. S. León XIII, no formaba dos actos ligados entre sí por accidente, sino más bien un todo de partes concordantes y armónicas. En este libro, y subiendo de escalón en escalón, hemos hecho ver cómo la ley de independencia que se manifiesta en todo lo creado, es en las naciones la condición necesaria para que cumplan con lo que Dios pide de ellas en el orden de la humanidad; y avanzando en nuestros estudios hemos puesto en claro que si las naciones deben ser independientes, deben también ser armónicas, lo cual sólo se puede lograr con el Papado por cabeza. Los acontecimientos que á nuestra vista se desenvuelven en Europa, prueban con creciente claridad que las cuestiones de fuerza siempre están dominadas por una cuestión de derecho, y que éste, al fin y al cabo, es más poderoso que la fuerza. Siendo, pues, el Papa el representante más alto de la justicia y del derecho en el orden humano, y siendo, por otra parte, la Vir-

gen María la protectora más alta de esa misma justicia y de ese propio derecho, la unión de ambos pensamientos era sobre toda ponderación lógica y feliz: eran los eslabones extremos que al enlazarse forman un círculo.

La prueba más clara de que los actos humanitarios son y se ejercen sin perjuicio de la idea patriótica, nos la acaba de dar el Papa mismo, quien en uno de sus hermosos discursos manifiesta que en virtud del carácter de que se halla investido, *señala á los príncipes y pueblos el puerto de salvación*; pero repeliendo vigorosamente las calumnias de sus enemigos que «han querido descubrir en sus actos miras  DE EXTRANJERISMO.» (1) ¡Qué enseñanza tan preciosa en los labios de un Papa! El se enardece *como patriota*; él encuentra que es un ineludible deber el amar á *su pueblo*; él, ¡él mismo, que está puesto para luz y ventura de *todos los pueblos*! ¿Y qué hace el Papa en ese y en otros cien discursos? Reclamar *SÚ INDEPENDENCIA*, porque la independencia es la esfera, la ley, en la que cada uno debe hacer la obra divina. Y nótese que quien reclama esa independencia es nada menos que un Papa dotado de un tremendo poder sobrenatural, el que parece que menos podía necesitar las condiciones externas para el ejercicio de éste. Una nación, pues, ¿deberá dejar desmoronarse su independencia, creyendo que así y por otros medios y caminos puede cumplir la parte que le está señalada en la mente divina? Nunca entenderá la filosofía mística de la independencia el que no se penetre de que cada hombre viene al mundo con determinado fin, y de que cada nación está destinada á cumplir un deber, á desempeñar una misión particular, á descubrir y hacer ver tal ó cual faz de la verdad. (2) Luego la unión de las dos festividades correspondía á un solo y profundo pensamiento generador.

Razón, por lo mismo, y razón de sobra, tenían los pueblos de la República en ufanarse por celebrar el Jubileo de Nuestro Santísimo Padre y la egregia coronación de Nuestra Santa Patrona nacional. Por tanto León XIII es nuestro Santísimo *Padre* por cuanto las naciones son su heredad; por tanto la Virgen es nuestra *Patrona*, por cuanto las naciones son independientes, y la nuestra la preferida. Fiesta de la familia universal fué la primera; fiesta de la familia particular mexicana la segunda. En la primera es

(1) Discurso al Sacro Colegio de Cardenales en la solemne audiencia verificada en el Vaticano el 2 de Marzo de 1887, y publicada en "El Tiempo" del 31 del mismo.

(2) César Cantú. "Los últimos treinta años," pág. 12.

como el abuelo que se reúne con sus familias; en la segunda es como el padre reunido con sus propios hijos; pero ambas alegrías tienen un común origen, y la mexicana adelantará a la de todas las naciones, porque al celebrar como Reina á la Virgen María, nuestra fiesta privada lleva un carácter eminente de universalidad y de gloria al mantener en alto el gran principio de la constitución independiente de los pueblos. Si *patriotismo* se deriva de *padre*, era *patriotismo* celebrar á León XIII, pues que la Iglesia es la gran Patria de todas las patrias, siendo las que no viven en comunión con la Iglesia, ó como el Pródigo que abandonó los techos paternos, ó como los que no han sido sentados aún al banquete del *Padre de Familias*. Y *patriotismo* también es celebrar nuestras nacionales glorias y tradiciones, porque *tradicción* es lo que nos ha sido entregado y transmitido, transmitido y entregado por las benditas manos de nuestros *padres*. «¡Padres!» «Patriotismo!» ¡Nombres santos que no hacen más que uno! ¡Amor dulce y sagrado contenido en el cuarto precepto del Decálogo! Amor embellecido por los Patriarcas, amor enaltecido por los Profetas, cuyos arranques y cuyos anhelos vehementísimos porque las nubes lloviesen al Justo, eran al mismo tiempo un grito de humanitaria caridad y de exclusivismo patriótico.

¡Ay! ¿por qué sois tan ciegos y tardos de corazón que no queréis comprender las divinas fecundidades que del que parece amor exclusivo de unos saca el amor de los otros? Esta es la ley del amor y por eso hasta en lo humano el amor á una criatura, si es poderoso, espolea á las grandes y heroicas acciones. ¡Qué más! ¿No en la cruz el Salvador Divino al entregar á María al apóstol San Juan, pensaba en *todos los hombres*, dándoles una Madre universal? ¿No es éste el carácter eminente de esa palabra cosmopolita: *Mujer, hé ahí á tu hijo; hijo, hé ahí á tu Madre*? Y sin embargo, esa palabra, por un divino misterio, esa palabra cosmopolita y de universal comprensión, viene en el Evangelio después que el Evangelista ha dicho estas intencionadas palabras: «Habiendo Jesús visto á su Madre y en pie cerca de Ella al discípulo á quien *El amaba*»..... ¿Cuál puede ser la intención del Evangelista cuando el Salvador da á todos los hombres una Madre común, al aludir á la preferencia afectuosa del mismo Salvador hacia San Juan? Pero es que en el cielo hay muchas mansiones, es que el dueño de la Viña, siempre Justo, paga lo que quiere á los trabajadores aunque lleguen á diversas horas del día, es que las predilecciones espirituales entran en la armonía del amor universal. Por eso ha podido

decir un predicador Guadalupano que si en San Juan estaban representados todos los hombres y todas las naciones, y si, sin embargo, San Juan era el discípulo predilecto, nosotros, como nación, representamos el mismo papel de San Juan al pie de la cruz y acompañando á la Santa Virgen. (1)

¿Cómo ante ideas tan gloriosas y grandes no incendiarse de patriotismo? ¿Cómo no entrar en el vértigo sublime que produce un entusiasmo sin límites? ¿Cómo poner freno á la ternura que cuanto toca reduce á su naturaleza, como es propiedad del fuego volyer fuego las cosas que compenetra? ¡Ah! tomemos como una alma célebre en los fastos del amor místico, tomemos como divisa patriótico-religiosa un *corazón alado*, un corazón que vuela y suba hasta la colina del Tepeyac, «más alta que todos los montes porque está más cerca del cielo.» (2)

Alcémonos, mexicanos, en són de fiesta como una familia que se prepara al romper el alba á celebrar su alegría. Ya ha comenzado el movimiento; pero debe continuar en crecimiento. ¡Más, mucho más! Todo se lo merece esa *morena* Reina del Tepeyac. Y además, tenemos que pagarle nuestras antiguas frialdades. Tenemos que amar por nosotros y por muchos. Tenemos que romper las odres del amor para embriagarnos sin medida. ¡Dulce Guadalupana, dulce María, qué bella eres! y cómo tu sonrisa alienta el más divino entusiasmo! Aunque sea desde un rincón de la patria, que veamos tu gloria, Madre amantísima. Que, *si pueden*, todos te amen más que nosotros; que si así fuera nos estimularíamos á mayor amor y correríamos tras ellos para que no nos adelantasen en dichosísima competencia de ternuras! ¡Oyenos, VIRGEN DE GUADALUPE! ¿Caen estas ternuras en tu corazón y las acoges? ¡Háblanos, dulce Madre, porque tú eres nuestra soberana delicia! Que en esa tu corona pueda ir mejor que un diamante, una, una sola de *esas lágrimas*, tú sabes cuales, y si aún *esas lágrimas* no pueden caber en tu regia diadema, caigan siquiera á tus pies como el rocío del campo cuando pisabas los prados de Nazaret. María, Virgen de Guadalupe, mira que á tu Santuario hemos ido de rodillas á pedirte con nuestra ternura tus ternuras, con nuestro cuidado tus cuidados, en pro de todo lo que más hemos amado acá en la tierra. Tú no eres como las reinas del mundo que ni tras larga espera dan audiencia. Nosotros hemos asaltado tu corazón, como

(1) Sermón del señor Canónigo Rosas, en nombre de la Mitra de Querétaro.
(2) Sermón del Sr. Abarca.

soldados valientes la muralla. Tu corazón está amorosamente sitiado, y no, no levantaremos nuestras tiendas. Allí nos acurrucamos, en cualquier lugar, ¡pero allí! No nos deseches, Santa Madre. ¡Ay! no, no nos desechas, porque eres tan dulce que eliges y acoges según la *multitud de tus misericordias*. ¡Madre, Madre! ¿por qué nos dejas en el tormento de no morir de la llaga de tus amores? ¿Cómo hablarte sino con palabras de miel? La arpada lengua de los pajarillos que revolotean en tus naves al romper el alba nos causa envidia. Envidiosos estamos de los ramos que ponen á tus plantas y cuyas flores exhalan blando perfume, perfume que aún teme, al llegar, ofenderte. Dichosa la derretida antorcha que originada de las flores se consume y consume en tu devoción. Dichosa, cuando la llama la reduce á su sustancia y cuando ha desaparecido, después de darte culto. El llamarte "Madre" es más que eso que los hombres llaman poema. El llorar á tus plantas guarda más ventura que las fiestas ruidosas de los reyes. ¡Alas, alas para volar é ir lejos, y más lejos en el ámbito misterioso de tu amor y perderse en él como las garzas reales en el cielo limpidísimo de las tardes de Octubre! Amarte, y amarte más; amarte y que los otros te amen. ¿Cuál gloria? De todas una sola, conquistar almas para tí, empujarlas como á las nubes soplo de huracán, para que se congreguen á tus plantas, y luego irse lejos..... allá, muy lejos, á las soledades desiertas del mundo á saborear con los predilectos del corazón esas ternuras empapadas en rocío del cielo, esas intimidades que suspiran por un mundo mejor, esas impaciencias por lo infinito, esas lucubraciones que son lágrimas, última forma de un pensamiento y un corazón enamorado de las bellezas eternas.

No creais ¡oh mexicanos! á los que no alcanzan á ver lejos porque no miran desde la cumbre. El patriotismo es sagrado. Imaginaos á los profetas; pero antipatriotas, á los santos antipatriotas también, á Jesucristo mismo muriendo por todos los hombres, sí; pero sin enternecidas lágrimas sobre su Jerusalem...! No tengáis miedo de faltar á la religión cuando los ardores de la justicia pongan su espada en vuestras manos. El Papa acaba de declarar en la Encíclica *Libertas* la santidad de la defensa patriótica. Pio IX el santo fué el gran defensor de Polonia, entró de lleno en la cuestión patriótica y creyó que la Iglesia no sólo sirve para la redención eterna, sino también para "la redención temporal de las sociedades." (1) ¿Qué más?

(1) Perraud, citado en la obra "El Espíritu de Pio IX."

El *Padre Nuestro* nos presenta el maravilloso enlace de la idea de familia y la idea de paternidad y la idea de nación y la idea de Reino. "¡Padre Nuestro!" Aquí la familia, aquí la paternidad..... "Venga á nos tu Reino." Aquí la idea de nación, la idea de un rey y de una patria. No es pues extraño, supuestas estas maravillosas armonías entre la tierra y el cielo, el que el inmortal Pontífice de la Inmaculada, en una homilía pronunciada al colocar la primera piedra de un templo proyectado en Inglaterra á Santo Tomás de Cantorbery, haya dicho estas tiernas y profundas palabras: "*los santos se han acordado de su patria....*" La patria así embellecida, la patria así recordada *en el cielo*, ¿no es lo más embelesador que puede imaginarse?

Pero si el sentido patriótico es característico de la religión, ésta toma también un tinte provincialista. En cada nación cristiana hay imágenes milagrosas del Señor, de la Santísima Virgen ó de los santos que esparcen un aroma de felicidad, de gloria y de beneficios sobre todos los visitantes; pero con particularidad sobre los protegidos de la comarca. Los pueblos aman con razón esos lugares, esas imágenes, esas cuevas sagradas, las fuentes milagrosas y benditas que han brotado al contacto de plantas celestiales, los bosques legendarios, llenos de sombra, de misterios y de recuerdos, donde se ha verificado alguna aparición célebre; y el viajero perdido en la calma profunda de pintorescos valles ó que trepa por los enmarañados senderos de montes sagrados, siente palpitar en su corazón el gusto y el sentimiento del más bello *provincialismo religioso*. ¿Qué poema de provincialismo no encierra para cada localidad, para cada pueblo, el nombre de Nuestra Señora de *Montserrat*, Nuestra Señora de *Lourdes*, Nuestra Señora de *Luján*, Nuestra Señora de *Ocotlán*, etc., etc?

¿Qué color *local* no tienen todas esas piadosas leyendas, esas poéticas tradiciones que mantienen viva en una región, en un pueblo la conciencia de su dignidad, el consuelo en sus desgracias, sus nobles arranques, á veces, de religiosidad y de heroísmo? Ya es un anciano de cabellos de plata, ya una niña de candor angelical, ya un piadoso eremita el que figura en la leyenda popular.... El lugar de la escena varía también. Tan pronto son las paredes verdosas de una antigua abadía que extiende el sonido de sus campanas sobre caminos sembrados de cruces santas, las que traen el recuerdo sagrado, tan pronto es una gruta de peñas abruptas, de donde mana en murmurio lento un límpido manantial. Ora es una capilla, escondida como un pájaro entre las selvas, ó bien es una de esas iglesias

góticas enlabinadas de riquezas artísticas y que como flores históricas parecen penetradas del aroma de otras edades.....

"Qué dulce es encontrar, dice un simpático autor, cuando se recorren las praderas, las florestas, las montañas, esos lugares consagrados á la Santa Virgen, todos impregnados de una devoción popular que los baña de magestad. Es allí donde la turba de los humildes viene á retemplarse en el deber. Allí se encuentra al labrador, al campesino, al caminante orando ante una pequeña escultura que reposa graciosamente sobre el borde de una fuente, en el flanco de un árbol centenario, ó en la sombría cavidad de una roca pendiente; y esta escultura antigua rodeada de eterno musgo, é inevitablemente cargada de flores, es la de María. María es, en efecto, la compañera inseparable y la consolación de todos los pobrecillos. Lejos éstos de las ciudades y de las tormentas de sus negocios, su felicidad es poder, á cielo abierto, arrodillarse ante la imagen bendita de Aquella que protege sus chozas, sus campiñas y sus pequeños rebaños." (1)

Mas no sólo, por lo que se ha visto, la religión toma el colorido del sentimiento patriótico y hasta provincialista, sino que, eminentemente acomodada á todas las relaciones y necesidades de la naturaleza humana, ella, supremamente humanitaria, es al mismo tiempo *individualista*, por una flexibilidad tan admirable como divina.

Muchos de esos favores del cielo que son la bendición y el sello de honor y de supremacía de una comarca, reconocen los *amores individuales*, digamos así, entre Dios y alguna de esas almas escogidas, que allá en la soledad mística de sus éxtasis desfallecen de amor por su Amado y están muy lejos, en su recóndita humildad, de pensar que algún día sus coloquios amorosos, sus tiernas ofrendas y sus espirituales lágrimas germinarán como semillas en flor sobre el haz de la historia popular, para que quede probada aquella sentencia divina: *admirable es Dios en sus santos*.

(1) "La Virgen en las ciudades y en las campiñas."

XLVII.

Verdades á quema ropa.—La religión es la escuela cabelleresca de los hombres dignos.—La santa altivez de Mardoqueo.—La Madre de los Macabeos.—Les pide á sus hijos piedad para Ella; y esta piedad consiste en que se dejen matar por la patria.—Lo que dice la SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE á los patriotas.—Cómo la Madre de los Macabeos en la última derrota veía la esperanza de una nueva victoria.—El grito de los cruzados.

Pertenece á la escuela de De Maistre, para el cual era grato disparar verdades *á quema ropa*. A quema ropa vamos nosotros á disparar una á nuestros amados compatriotas, á los cuales tenemos que decirles que á pesar del gran movimiento Guadalupano de que son elementos más ó menos activos, no han acabado de medir la extensión, la trascendencia, la dirección y las oportunidades de la lucha. Hay todavía cierto sopor de servilismo (de que dichosamente no participan todos ni por igual) que tiene frustrados muchos nobles y generosos esfuerzos. Hay la adoración á la fuerza que deslumbra en las bayonetas, y cierto espíritu de bajeza que hace reputar imprudencia los arranques viriles de un patriotismo, que no calla ni se deja amordazar por ningún género de peligros ni de amenazas. ¡Ira de Dios! ¿Hasta cuándo seremos hombres? ¿Hasta cuándo comprenderemos aquel grito cristiano: *ánima, tanti vales?*

Cabezas bajas y espaldas en arco no son buenas para sacar de ahí los verdaderos patriotas.

La religión es la escuela cabelleresca de los hombres dignos. Pocos ó muchos los patriotas resueltos, pocos ó muchos los integristas Guadalupanos, sigamos el ejemplo de Mardoqueo, el cual, no por ser sólo ni por el peligro de muerte en que puso á todo su pueblo, dobló la rodilla ante Amán, (1) con cuya *aparente imprudencia* logró por fin su propia salvación y la de todo su pueblo.

(1) Gaume. "Judith y Esther," pág. 200.

Tenemos también nosotros una Esther que nos salve, pero tenemos la obligación de divinizar el patriotismo. ¿Divinizar? No os escandaliceis, que allí está el Libro de los Macabeos. Si no queréis ser patriotas, ó si queréis ser patriotas á medias, rompedlo. (1)

Allí, en ese libro que no es obra de pasiones sulfuradas; allí, en ese libro, que es santo, encontramos ese *aroma de sangre* que fortifica á las almas, (2) cuando á las almas les conviene el revulsivo de los grandes deberes en presencia de los inminentes peligros. Allí, á una mujer, con la ternura propia de su sexo, pero con un corazón de hombre, como el mismo libro se expresa, la encontramos predicando las luchas sin cuartel, las luchas sin aparente esperanza, las luchas hasta el fin y los sacrificios que se miden con la vida. Esa mujer, esa madre, excita con lágrimas al último de los hijos de sus entrañas, no para que, aunque *vencido y prisionero*, desista de la lucha, sino para que la ultime y perfeccione coronándola con la muerte aceptada, que es la máxima protesta de los que no se dejan vencer. Esa madre, llena de afán y de ternura, le dice á su hijo prisionero que *tenga piedad* de ella, le recuerda con maternal delicadeza que lo ha llevado en su seno, le hace presente para enternecerlo que lo ha alimentado con su leche, y acumula, en fin, en su memoria todos los cuidados que ha impendido hasta verlo lograrse y florecer; todo para pedirle, como remate, que se deje matar porque en ella está "más alarmada la religión que la naturaleza," (3) y porque, como se expresa la Escritura, abrigaba la firme é incontrastable esperanza de que la muerte de sus hijos había de salvar á todo el pueblo por el cual se sacrificaban. (4)

Y en México ¿quién será esta Madre de los Macabeos sino la VIRGEN DE GUADALUPE, que nos habla á todos los mexicanos y especialmente á aquellos que destina al inestimable honor de "salvadores secundarios," (5) diciéndonos: "por la predilección que os he tenido, por la ternura con que os he cuidado, estad firmes

(1) Si ejemplos patrióticos quisiésemos sacar de la Sagrada Escritura y de las tradiciones eclesiásticas, no acabaríamos. Moisés, después elegido por salvador de su pueblo, mata á un egipcio, arrebatado de patriotismo, al ver cómo éste maltrataba despiadadamente á un israelita. Y él, que así se indignó en esta lucha de un nacional con un extranjero, viendo al día siguiente la contienda de dos israelitas, los exhorta al amor y á la concordia patriótica, sin tomar parte por ninguno de ellos.

(2) Marchal.

(3) Ventura. "La Madre de Dios," pág. 469.

(4) Macabeos, VII, 20.

(5) "Apostolado," pág. 367.

en el amor á Dios y á la Patria; no me deis á mí, que soy vuestra cariñosa Madre, no me deis la tristeza de miraros indignos y medrosos; antes tened valor hasta el fin, que vuestra muerte aparentemente estéril será el principio de la salvación de vuestro pueblo."

Todo pueblo, "para arrojarse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos, necesita un sacramento común, una protección visible de lo alto, cuya protección bendiga su lazo jurídico con los hermanos y rodee con el cingulo de la fortaleza al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe ó el invasor extraño," (1) y esto que necesita todo pueblo, México lo tiene en particular manera en la VIRGEN DE GUADALUPE.

Y si lo teneis, ¿por qué no gritais como los antiguos cruzados, "adelante, adelante, porque Dios lo quiere?" (2) Y si no sabeis alzaros, aplicaremos *el honor* como un fierro ardiendo en vuestras frentes.

XLVIII.

El progreso humano por el patriotismo.—La Iglesia procura las organizaciones colectivas é independientes para provocar los caracteres.—Las órdenes religiosas han sido patrias espirituales de las almas.—La sociedad general es como un río y las particulares como sus afluentes.—El espíritu de asociación obra es de la Iglesia.—Las antiguas cofradías.—La parroquia, primer manifestación espiritual de la patria.—El cosmopolitismo fulminado.—La jerarquía eclesiástica obedece á cierta ley patriótica.—Libertad, independencia y vocación.—El espíritu público se organiza por individualidades pujantes.

La idea patriótica abarca al hombre todo entero. Por una parte el hombre tiene sensibilidad moral, recuerdos, ligas de corazón,

(1) Menéndez Pelayo. "Los heterodoxos," pág. 832.

(2) Sermón del señor canónigo Parga, pronunciado en la V. Colegiata el 17 de Abril de 1887.

y en tal sentido el patriotismo es poesía; por otra parte, el hombre entroncado con los otros en vida común, vive en una vasta urdimbre de relaciones comerciales, y en este sentido el patriotismo es un legítimo interés; pero la cuestión patriótica sería mal considerada si no se elevase á una categoría más alta. El patriotismo para el filósofo cristiano es el amor y dedicación con que el hombre cumple y quiere que los demás cumplan el progreso humano, subordinado al espiritual y teniendo por campo y esfera de acción, preferentemente, el país en que se ha nacido.

Si bien se estudia y se pondera la política de la Iglesia católica, se verá patente que ella procura dar ancho campo á la acción libre del individuo ó de determinadas agrupaciones, que giran en esferas propias manifestando, provocando, convocando, agrupando y desarrollando en diversas, pero armónicas líneas, los caracteres. (1) Las órdenes religiosas, verbigracia, estudiadas filosóficamente, presentan gran variedad y dan unión y fuerza cada una á determinado linaje de aspiraciones, ofreciendo ciertas á manera de patrias á las almas (2) de donde viene ese espíritu de cuerpo que en cada una se nota sin perjuicio de la concordia fraternal de todas. Cada orden religiosa regida por leyes privativas é independiente de las demás, ha servido para producir cierta clase de bienes á la humanidad, para curar determinado género de dolencias ó para provocar y exaltar ciertas especiales virtudes. (3) El hombre no se puede desenvolver por completo aisladamente, pero para desenvolverse necesita también agruparse con los que tienen análogas tendencias, (4) con los que sienten con análogos sentimientos, con los que participan de las mismas aspiraciones, (5) y de aquí la fecundidad de la asociación, *que junta y que aísla*, (6) que junta, con los de vocación análoga, que aísla, de los que van por diferente camino. La sociedad general recibe un grande beneficio de estas sociedades particulares, en vez de ser perjudicada, porque estas socie-

(1) "Asamblea general de los católicos en Bélgica en 1864," t. I. Como prueba notísima tenemos la bendición acordada por León XIII á los obreros católicos de Oaxaca. "Gaceta Oficial" de los mismos del 1º de Junio de 1887.

(2) "De las asociaciones religiosas en el Catolicismo," por Ch. Lenormant.

(3) Coquille. "El Mundo," 25 de Febrero de 1886.

(4) Antequera. "Las Ordenes religiosas."

(5) Martín. "Los Monjes y su influencia social en lo pasado y en lo porvenir."

(6) Independencia y libertad hay en las Ordenes religiosas, *no á pesar del voto*, como dice Balmes, sino á causa del voto, el uso más alto de la libertad, y que produce por el depósito común de las voluntades una institución independiente y fuerte por esto mismo.

dades son como los afluentes que acrecen el caudal de un ancho río. (1)

El espíritu de asociación que se supone ser obra de las ideas modernas, es, al contrario, resultado de la acción eminentemente civilizadora del catolicismo sobre los pueblos, el cual sabe y conoce que la sociedad se desarrolla por agrupaciones hasta cierto punto independientes y que formen un todo armónico. (2) Si de las Ordenes religiosas, que ya ofrecen un alto ejemplo á favor de lo que decimos, (3) descendemos á las antiguas corporaciones religiosas y cofradías, veremos cómo la Iglesia las ha sostenido, estimulado, condecorado, porque el progreso de la humanidad se funda siempre en el espíritu de cuerpo, bien entendido. (4)

El empeño de la Iglesia en crear y en sostener esferas propias de acción á la actividad humana, para hacerla más fuerte, más fecunda y más duradera, se nota de un modo muy particular en la institución y caracteres morales de la parroquia. La parroquia es una especie de pequeña nación espiritual.

El laureado autor de la obra intitulada "El Espíritu parroquial," Sarda y Salvany, sostiene en ella, con magnífico acopio de razones, que "ni en política *ni en religión* (nótese la frase, que parece atrevida) debe fiarse mucho de las ideas cosmopolitas, disfraz con que muchas veces se cubre la falta de patriotismo y la indiferencia religiosa." Es necesario ser, continúa, con su simpática, ingénuo y característica gracia, muy católico universal; pero muy católico diocesano y muy católico parroquial. (5) Ese eminente autor, en quien brilla por modo singular lo que San Pablo llama *el sentido de Cristo*, no quiere amor y obediencia al Papa, *per saltum*, sino moviéndose en los anillos encadenados de la gerarquía establecida que dan á las obras católicas un carácter provincialista en el mismo seno de su universalidad; y este carácter de adhesión á los más inmediatos círculos es de tal manera católico, según el referido

(1) "La asociación religiosa concurría á la formación de las leyes y proveía á todas las necesidades de la época y era la base de la unión y de la fraternidad." Grandcour. "Influencia de las Ordenes religiosas."

(2) "Historia de los comunes Lombardos desde su origen hasta el fin del siglo XXIII."

(3) Duerétiaux. "Las Ordenes monásticas y religiosas."

(4) La Edad Media, dice Montalembert, estaba *erizada de libertades*. Todo en ella era franquicias comunales, provinciales, universitarias, judiciales, fabriles: muchas autonomías, sin perjuicio, sino sirviendo á la grande autonomía nacional.

(5) "El Espíritu parroquial," pág. 6.

pensador, que sin él, no tienen las obras ni verdadera fuerza, ni verdadera netitud, ni verdadera universalidad cristiana. (1)

Y no es como de paso, sino de meditado intento, que la religión favorezca el desarrollo de la independencia y la libertad, porque ella predica á todas horas que el hombre debe buscar su vocación, no sofocando ni las más ténues inspiraciones de Dios; y ella agrega que nada debe detener al hombre en el cumplimiento de las voluntades divinas, con lo cual bien claro manifiesta que en la línea donde el hombre tenga que cumplir un determinado deber, nada debe ser parte á detenerle, lo cual constituye, en ese caso, la ley de la independencia para aquel individuo, ley que por otra parte no produce desconcierto, como quiera que el mejor de todos los órdenes sería que cada cual diese el debido lleno á su vocación, pues dispuestas todas por Dios ninguna puede ser hostil y contradictoria de la otra. (2)

Esto explica por qué razón al paso que crecen la dignidad y la independencia individual, crecen también el espíritu público y el patriotismo, pues es evidente que más rica será en fuerza y poderío la sociedad cuando se componga de espíritus activos y altivos, que arrollando todos los obstáculos para alcanzar su vocación sepan ponerse, por lo mismo, en las miras de Dios, que siempre son para el bien general.

La cohesión social, como diciendo vamos, se logra, por lo que á un entendimiento superficial podría parecer antitético, por medio de un espíritu de independencia de cuerpo y aun de personalismo bien entendido, (3) lo cual se prueba hasta por solo la filosofía del lenguaje. ¿Cuándo es más rica una sociedad comercial? Claro está que cuando los socios aportan una mayor suma al fondo común. Pues bien, la sociedad civil será más rica cuando cada socio, cada individuo, ensanchando, sin estorbar á los otros el círculo de su personal acción, aporte mayor suma de méritos al fondo común.

La filosofía y la historia á una demuestran y vienen en apoyo de semejante aserción. Para no citar más que un ejemplo, dígame: ¿en nuestra Madre España cuál ha sido el pueblo más patriota? El más provincialista al mismo tiempo, el vascongado, donde ni los ro-

(1) La simpática influencia de la parroquia en los hombres puede estudiarse en la preciosa obrilla de Veillot "Lo que es un cura."

(2) El gran Aparisi sostiene en sus obras que el que cumple su vocación lleva en sí una fuerza divina, y que conocida una vocación, oponerse los hombres á ella es resistir al mismo Dios.

(3) L. Gautier. "El Mundo," 26 de Mayo de 1886.

manos lograron introducir nunca su lengua ni sus instituciones, (1) y donde se han conservado largo tiempo cierto género de instituciones privativas. (2)

"Necesario como es un orden social al que esté sometido el individuo, conviene, sin embargo, dice Balmes, que éste no sea de tal modo absorbido por aquel, de manera que sólo se le conciba como parte de la sociedad, sin que tenga una esfera de acción que pueda considerarse como propia. A no ser así, no se desarrollará jamás de un modo cabal la verdadera civilización, la que consistiendo en la perfección simultánea del individuo y de la sociedad, no puede existir, á no ser que tanto ésta como aquel, tengan sus órbitas de tal manera arregladas, que el movimiento que se hace en la una no embargue ni embarace el de la otra." (3)

Por esta doctrina, que más bien bosquejamos que desenvolvemos, la humanidad, servida siempre "por grupos especiales," (4) gana en sí lo que esos grupos ganan, y estos grupos ganan lo propio que ganan los individuos en perfección, ó sea en el logro de su vocación, idea que incluye la de su independencia y libertad en dicha referida vocación. Es así y no de otra manera como actúa la sociedad católica opuesta á la absorbente y tiránica solidaridad socialista. La ley santa de libertad é independencia desciende pues como ley conservadora, dignificadora é incrementadora, desde las naciones á las provincias, á los distritos, á las familias, á los individuos. Todos tienen algo propio que debe ser respetado, algo que respetado crece y se vigoriza, (5) y reparte á competencia los bienes verdaderos de la civilización cristiana que "gira como en su propio polo" en el individualismo bien entendido. (6)

(1) Avendaño.

(2) Hauleville. "Porvenir de los pueblos católicos."

(3) "El Protestantismo comparado con el Catolicismo," t. I, pág. 271.

(4) Donoso Cortés. "El Catolicismo," pág. 317.

(5) Bulwer.

(6) Balmes. "El Protestantismo," t. I, pág. 279.